



ARQUITECTURA COLONIAL EN LA GUINEA ESPAÑOLA

Arquitecto: Antonio Román Conde

Cuando el vapor correo de la metrópoli se acerca a la isla de Fernando Poo, la visión que se ofrece al pasajero, ávido de países exóticos, no puede desilusionarle, al encontrarse ante una vegetación exuberante, de un verde intenso y permanente, que desde la misma orilla del mar sube hasta las alturas, dominadas por el impresionante pico de Santa Isabel, con sus 2.800 metros.

La bahía de Santa Isabel, limitada por las puntas Fernanda y Cristina, dispone de un pequeño espigón, desde donde el viajero que desembarca tiene que ascender por la llamada «Cuesta de las Fiebres», protegida por grandes *egombegombes* o árboles de sombra contra los rayos del sol. Todo esto en medio de un calor sofocante y una atmósfera densa y pegajosa.

Así se llega a la plaza de España, sombreada por altas palmeras reales y encuadrada por los edificios de la Misión, el Gobierno General y la catedral.

Un paseo bordeando el abrupto acantilado sobre el mar sirve de balcón, desde el que se disfruta la maravillosa vista de su incomparable bahía, y el aire que sopla durante el día deja sentir su beneficiosa influencia en esa zona.

En el resto de la capital, circulando por las calles, resulta difícil hallar un poco de aire fresco. El calor que cae del cielo se refleja en el pavimento asfaltado y en las paredes blancas de

las casas, demasiado próximas y faltas en su mayoría de jardines protectores.

Para que la vida resulte más llevadera será preciso esperar al anochecer, cuando el sol haya declinado y el aire procedente de la montaña permita el estar al aire libre en una terraza.

En las alturas, a 1.200 metros, el valle de Moka, distante 80 kilómetros de Santa Isabel con 28 de subida por carretera de montaña, permite disfrutar durante la época de seca de una temperatura y paisaje análogos a los del norte de España.

Las plantaciones de cacao constituyen la principal riqueza de la isla.

De Fernando Poo a Bata, capital del Continente, media una noche de navegación, unas 120 millas.

Al anochecer, una extensísima playa, limitada por la silueta de los cocoteros y las ceibas, surge en el horizonte, entre la neblina, acercándose al buque hasta menos de dos millas.

En balleneras, remolcadas por una motora, se llega a tirones a la playa, desde donde las personas y las cosas han de transbordarse hasta la arena en brazos de los indígenas.

Sin otra maquinaria que la humana, se embarca y desembarca en Bata cuanto por allí pasa: automóviles, maquinaria, materiales, víveres, etc.



Bata posee un paseo Marítimo con jardines sombreados y favorecidos por la brisa y algunas calles amplias, más apropiadas para la Colonia que las de Santa Isabel; pero tampoco destacan edificaciones dignas de elogio.

Dominan en proporción los almacenes y barracones, contruidos con planchas de cinc.

Las actividades principales se desarrollan en torno a la compra de productos en los mercados que se celebran regularmente en poblados, distantes hasta 320 kilómetros de la capital. Yuca, palmito, aceite de palma, cacao, cacahuets, son transportados en potentes camiones hasta los almacenes, donde han de esperar turno para su embarque a la metrópoli.

Niefang, Mikomesseng, Ebebiyin, Evinayong, Mengomo, Nserk, son poblados del interior que van adquiriendo importancia con motivo de estas actividades, y su clima es mucho más benigno que el de la costa.

Hacia el Sur, Río Benito y Kogo son los principales puntos de embarque de la producción maderera. Su comunicación con Bata se complica con los pasos de ríos en balsas y los transbordos.

Por último, las pequeñas islas de Elobey Grande y Chico, Corisco y Annobón, de paradisíaca belleza, despobladas de europeos, excepto la última, completan el conjunto de estos territorios españoles del Golfo de Guinea, donde las características de los fenómenos de orden meteorológico y las enfermedades especiales, debidas al medio ambiente, deben ser tenidas muy en cuenta por el Arquitecto para conseguir edificaciones que faciliten la vida y la aclimatación del europeo.

El calor, el viento y la lluvia, están íntimamente ligados, dando lugar a estaciones de lluvia y seca, bien delimitadas y opuestas por lo que respecta a la isla y al Continente.

Mientras en la primera llueve incesantemente desde junio hasta octubre, en el Continente reina la época seca, con temperatura fresca, ocurriendo algo parecido durante los meses de seca calurosa en la isla, mientras en el Continente llueve, produciéndose otras dos pequeñas estaciones de lluvias y sequillas con tornados durante los cuatro meses restantes.

Los tornados se anuncian por oscuros nubarrones y un fuerte viento procedente del Este, por lo general acompañado de lluvia, que cae con ángulo tan inclinado que resulta insuficiente la protección de las persianas para evitar la entrada del agua en las habitaciones.

La temperatura media se mantiene alrededor de los 28 grados, con débiles variaciones entre día y noche, y aún entre las estaciones, debido a la gran cantidad de vapor de agua que satura la atmósfera y se opone a un enfriamiento rápido del aire recalentado durante el día; pero un descenso, por pequeño que sea, influye notablemente en el bienestar del europeo.

Las enfermedades endémicas pueden ser debidas al clima y a los insectos y parásitos.

El sol, la luminosidad y el calor excesivo y húmedo producen insolación y agotamiento o anemia tropical. Los parásitos del agua, de los animales o del hombre, transmiten la disentería, tifus, filaria y anquilostomiasis. Los mosquitos y moscas, el paludismo, la fiebre amarilla y la enfermedad del sueño.

Con estas indicaciones no podrá olvidarse, al proyectar construcciones para países cálidos, que, aparte del clima, los enemigos del hombre blanco son: el mismo hombre negro, los animales roedores, reptiles, etc., y por encima de todos, el insecto, y que han de adoptarse necesariamente disposiciones especiales, eligiendo cuidadosamente el emplazamiento.

La orientación es fundamental, pues interesa, sobre todo, que el aire circule libremente por el interior de las piezas, a fin de hacer confortable el ambiente, para lo cual no sólo se debe tener en cuenta el curso del sol, para proteger sus paredes con aleros volados y galerías, sino que ha de darse la mayor importancia a la dirección de los vientos, disponiéndose las piezas con grandes aberturas, protegidas por persianas contra la excesiva luminosidad, por cristales contra la lluvia de tornados y por tela mosquitera contra los insectos.

Si los vientos son constantes, el eje mayor de la vivienda deberá orientarse perpendicularmente a su dirección, procurando que todo cerramiento interior esté también en esta dirección.

Si los vientos cambian de día y de noche, deben distribuirse las piezas de acuerdo con su destino, de la forma que resulten más beneficiadas, y, a ser posible, debería adoptarse siempre el plan lineal.

La existencia de un jardín alrededor de los edificios permitiría que éstos pudieran orientarse sin depender de la dirección de las calles, disponiéndolos en escalones a distancia de 30 metros, evitando el reflejo del sol despedido de sus paredes, y el que se priven del viento, consiguiéndose así la libertad y quietud, de que se siente particular necesidad en los países cálidos.

El terreno debe cultivarse con césped bien cortado y limpio continuamente, con algún árbol de sombra de hoja perenne, y aceras con amplias cunetas rodearán el edificio, evitándose los estancamientos de agua y fuentes, que favorecen la presencia de insectos.

El sistema de construcción a elegir dependerá de la duración y economía que quiera obtenerse según los casos y los materiales a emplear.

La casa indígena, sencilla, contruida totalmente con elementos del país, tiene sus paredes de bambúes entrelazados y cerrados, bien sea con fijas de palmera, nipas o con tablas de calabó (madera muy ligera), o bien con barro, siendo su cubierta de dos o más capas de nipa, también sobre bambú.



La casa típica de la plantación, construida para europeos, con madera en cuarterones y tablas, sobre pilares, rodeada de galería y cubierta con nipa, tiene también muy limitada duración por la facilidad con que se destruye la madera, expuesta a la acción de los agentes atmosféricos y al poderoso ataque de las hormigas.

Solamente algunas especies del país y el pino rojo, o pino tea, con el que están construidas las edificaciones desmontables, importadas algunas hace treinta años, permanecen en bastante buen estado; pero, de todas formas, resulta muy costosa su conservación.

Se debe limitar, por lo tanto, el empleo de la madera bien elegida, para ser utilizada en la carpintería de puertas y ventanas, armaduras de cubierta y cielos rasos, vigilando continuamente, para evitar que cuando se note la presencia de las hormigas no sea demasiado tarde, pues la madera es atacada interiormente, mientras al exterior está en perfecto estado de conservación protegida por la pintura.

Estas hormigas suelen moverse al abrigo de la luz, bajo galerías terrosas de un centímetro de ancho, que ellas mismas se construyen a medida que caminan.

Los otros materiales existentes en el país son: piedra, grava y arena para hormigones, ladrillo de mala calidad y coste elevado, y la nipa para cubierta, sólo aconsejable en varias capas, debiendo renovarla cada dos años, por lo que resulta de uso incómodo y antieconómico.

El resto ha de importarse de la metrópoli, con las dificultades consiguientes, las mermas y averías durante su transporte y desembarco y el almacenamiento, que para el cemento resulta perjudicial por la humedad del ambiente.

El sistema más frecuentemente empleado es el de cimientos y zócalos de hormigón, entremados horizontal y vertical de hormigón armado, con entrepaños de bloques o ladrillos y forjados de pisos o losas armadas, esto es, materiales permanentes incluso en los aleros, en donde, asimismo, debe suprimirse la madera, sustituyéndola por ménsulas y tableros de hormigón armado enlazados a la correa de coronación.

Los zócalos se elevan a un metro de altura para preservar de humedad el piso de la planta baja, y si se utiliza el sistema de construir esta planta sobre pilares, su altura libre ha de ser de dos metros, para que sea posible mantener dicho lugar limpio y vigilado, sin destinarlo para almacén u otro fin análogo, cementando el suelo y sus alrededores.

Los pavimentos han de ser de cemento o mosaicos, fácilmente lavables, y los cielos rasos, bajo la cubierta, de placas de fibrocemento o madera inatacable por los insectos, para evitar la caída del polvillo que éstos suelen producir.

También se emplea el forjado de bambú con mortero de cal,

muy aislante, para evitar la irradiación del calor de la cubierta.

El volumen considerable de agua de lluvia vertido de golpe aconseja el uso de tejados sencillos y perfectamente contruidos, para evitar goteras. El material preferido sería la teja plana sobre armadura metálica o de madera elegida y bien seca, si no presentara serios inconvenientes su colocación debido a la deficiente mano de obra indígena y a la enorme cantidad de roturas producidas en la descarga desde los barcos.

La placa ondulada de fibrocemento también se emplea con ventaja sobre la de cinc, cuyo uso se ha generalizado por la comodidad de su transporte y colocación; pero se recalienta enormemente aun sin que luzca el sol, y afecta a la temperatura de la casa.

El desván, que no debe utilizarse nunca, es origen de fenómenos naturales al variar la temperatura de la cubierta por efecto de un brusco descenso después de una lluvia, produciéndose condensaciones que hacen depositar una cierta cantidad de vapor de agua sobre el cielo raso.

Es preciso ventilar bien este desván por medio de linternas o de ojos de buey, dispuestos en los piñones y protegidos por persianas con láminas muy inclinadas y tela metálica.

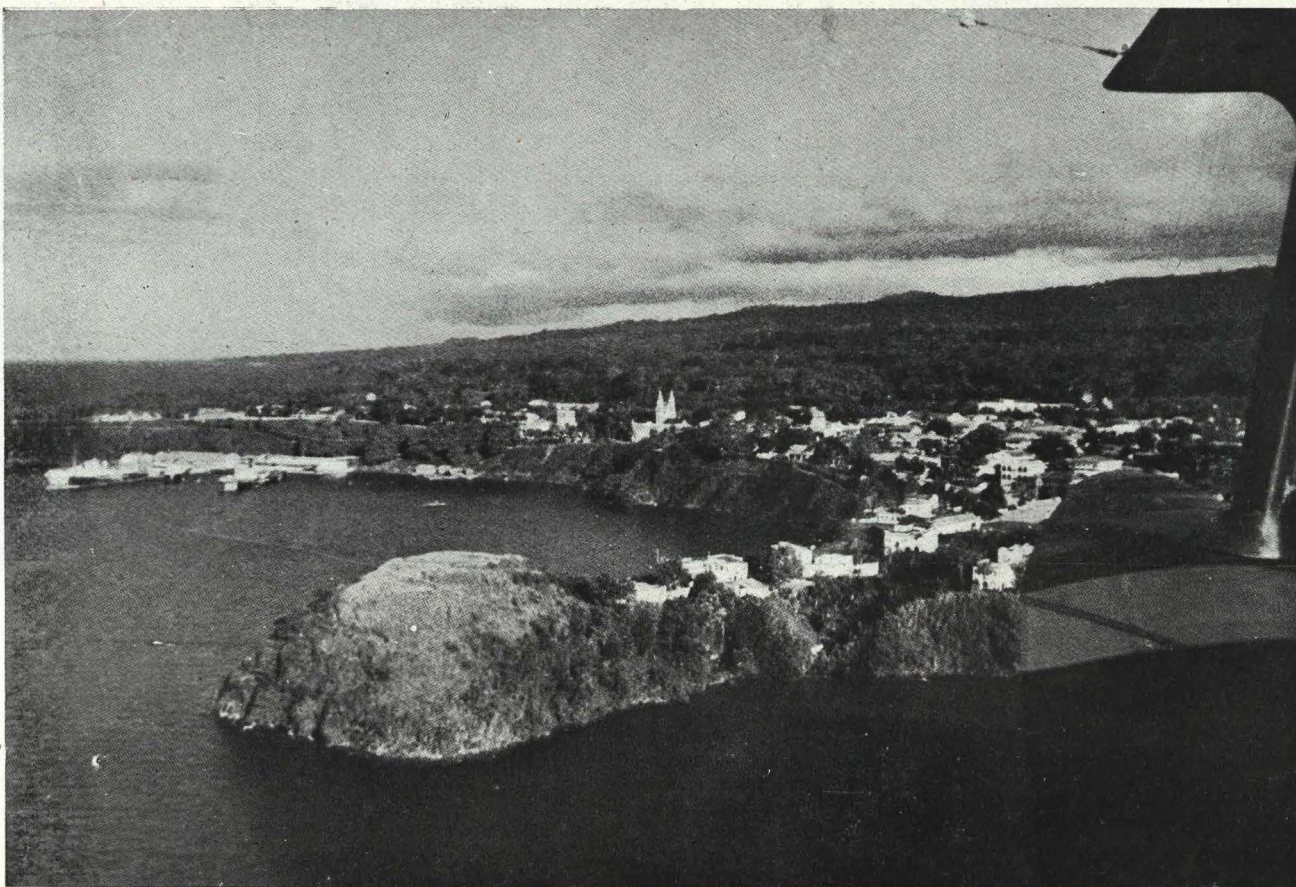
Las cubiertas con terraza pueden emplearse disponiendo amplias cámaras de aire, provistas de numerosas aberturas de ventilación y desagües suficientes.

Los muros deben protegerse contra los rayos directos del sol y la lluvia por medio de grandes aleros o galerías cubiertas, prolongando el tejado o con techo independiente, disponiendo celosías hasta una altura tal que impida el acceso de los rayos solares sobre el suelo durante las horas de más calor, pero sin que el interior de los departamentos resulte muy oscuro.

La galería no debe servir de paso más que circunstancialmente, ni debe habilitarse como habitación, ni cerrarse totalmente, porque entonces pierden luz, ventilación e independencia las piezas a las que se ha tratado de proteger, resultando prácticamente inhabitables.

Si se rodea todo el edificio con una galería de 2,5 metros de ancho, se obtiene una superficie aproximadamente doble de la habitable, por lo que generalmente se reduce ésta a lo indispensable, disponiéndola solamente en las fachadas afectadas por el sol desde las diez hasta las dieciséis horas.

Las puertas y ventanas deben disponerse de forma que dejen pasar libremente el aire de arriba a abajo, con persiana abriendo hacia el exterior, para regular la luz cegadora y resistir mejor la presión de los vientos tempestuosos, y con cristalera abriendo hacia el interior, para preservar en caso de descenso de temperatura durante la noche o en el curso de un tornado, debiendo ser objeto de un estudio particular y profundo en cada caso, según el destino de las habitaciones.



Santa Isabel.—En primer término, Punta Cristina.

Para protegerse contra los insectos es preciso añadir otro elemento con tela metálica inoxidable de malla muy fina en cada hueco, y una cancela con cierre automático en las puertas de acceso.

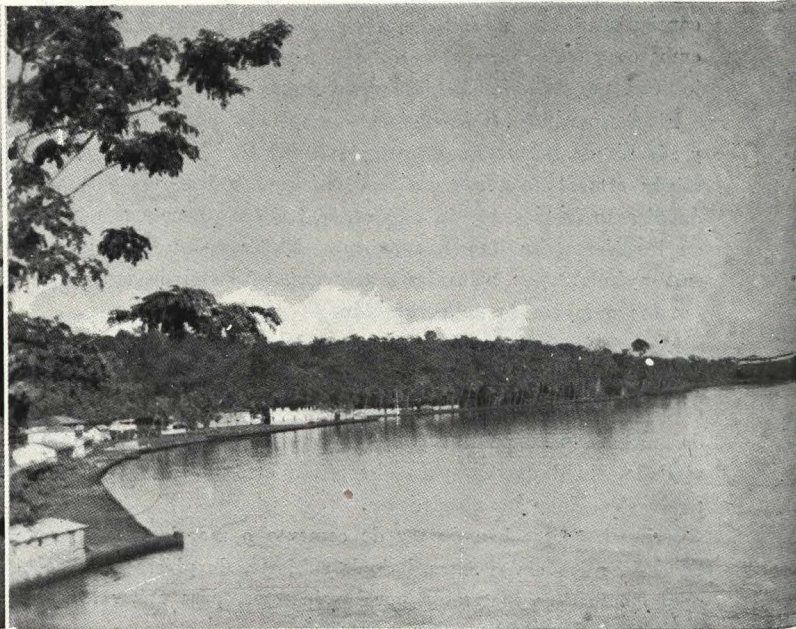
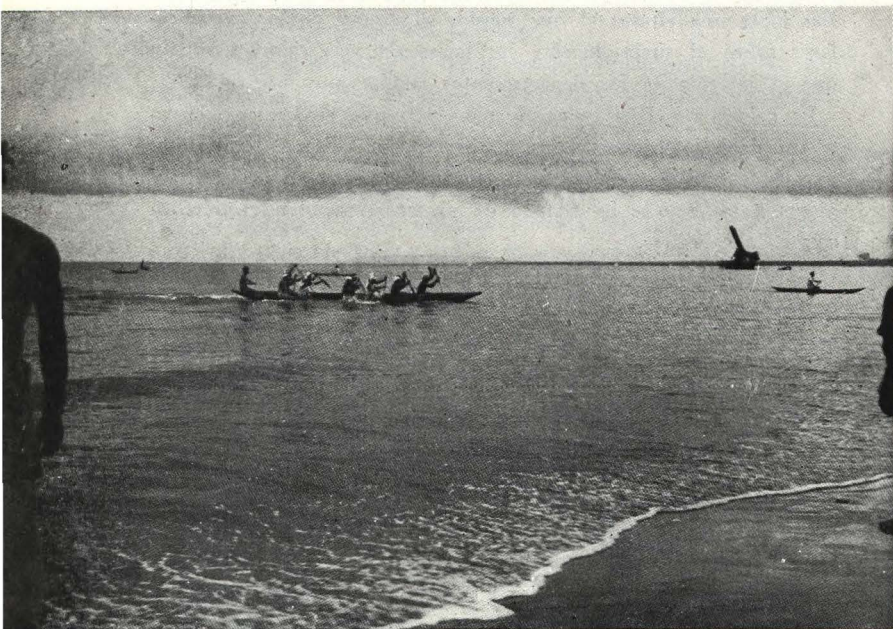
En ciertos períodos del año, sobre todo después de las lluvias, insectos de variados tipos y tamaños entran en la casa, atraídos por la luz artificial, ocasionando las consiguientes molestias, lo que puede evitarse, en parte, situando las lámparas en las paredes; pero, de todas formas, al caer a centenares estos insectos en puntos cercanos a las luces, atraen a las hormigas, que están siempre al acecho. Es, por lo tanto, preferible decidirse por la protección de tela mosquitera, aunque se reduce la ventilación.

La instalación eléctrica empotrada en los muros o en los pisos no es aconsejable, ya que la humedad ocasiona a la larga cortocircuitos.

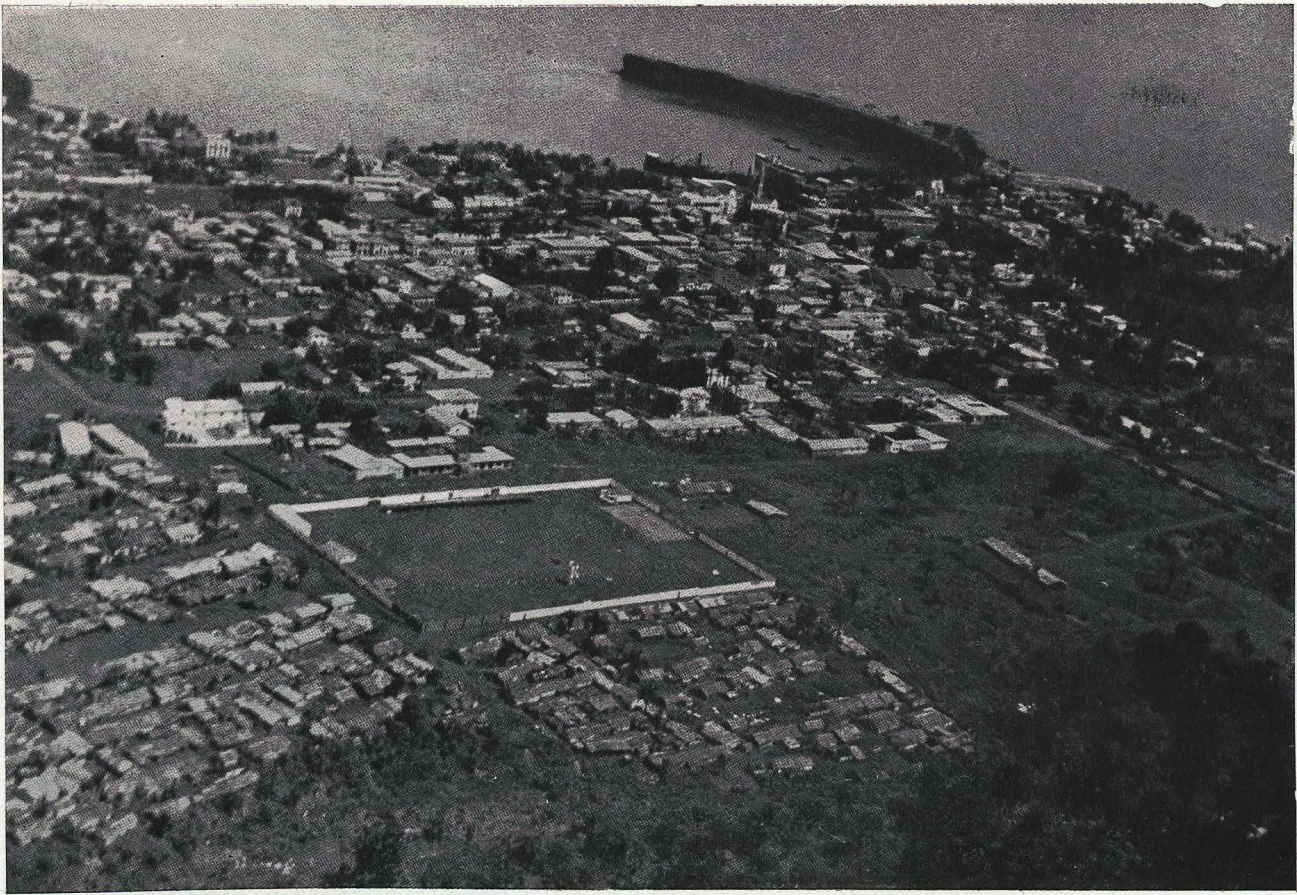
Se ha de contar con ventiladores eléctricos móviles o fijos en el techo, y la solución ideal para poder permanecer largo tiempo en el interior de las habitaciones sería el acondicionamiento de aire; pero este sistema resulta contraproducente si de pronto tiene uno que desplazarse al ambiente exterior.

Algo parecido sucede cuando después de haber permanecido durante unas horas en el valle de Moka, a 1.200 metros de altura, se regresa al nivel del mar, pues se nota el contraste de temperatura, presión y humedad, de tal forma que en poco tiempo se pierde lo que se había beneficiado el organismo con el cambio de ambiente.

Las habitaciones deben disponerse con dimensiones mínimas de 3 x 4 metros y altura de 3 metros, a ser posible con dos huecos en distintas fachadas, y sólo los locales de servicio pueden colocarse unos detrás de otros con cierta independencia de las piezas principales, excepto el cuarto de baño, que debe si-



Un cayuco en las costas de la Guinea Continental y bahía de San Carlos, de Fernando Poo.



Santa Isabel.—En primer término, poblado indígena y campo de deportes.

tuarse en la proximidad de los dormitorios principales y no como se acostumbraba a hacer, en pabellón aparte, teniendo que atravesar la galería abierta para llegar hasta él. Las viviendas de criados indígenas pueden tolerarse en número limitado, pero alejándolas lo suficiente para lograr una perfecta independencia.

Aún existen problemas muy importantes, como éste de la vivienda indígena, cuyos principios son los mismos, atenuados por su mejor aclimatación y forma especial de vivir, pero que exigen la separación de la ciudad indígena de la europea, y, aún en ésta, el barrio residencial, aparte del comercial e industrial.

En cuanto al tipo de edificación a elegir, como es lógico responderá a las necesidades del usuario y a las exigencias locales; pero nunca se debe cometer la equivocación de trasplantar a la Colonia la misma arquitectura de la metrópoli, dando lugar a que se encuentren edificios calcados en planta y alzado de los tipos europeos, incluso los más modernos, constituyendo la negación de la arquitectura adaptada a los países cálidos, por lo

que sería interesante conocer antes la opinión de aquellos que, en un ambiente agobiante, deben atender allá dentro a sus ocupaciones.

Resumiendo y estudiando cuanto sea posible los datos del problema, si se reúnen la inteligencia, la técnica y el gusto del Arquitecto, aprovechando la oportunidad de mostrar con una exacta visión de los problemas planteados una perfecta adaptación y economía de las soluciones propuestas y la solvencia de nuestras relaciones con la Administración y con el cliente—que nuestra intervención directa es tan necesaria en la Colonia como en la metrópoli—, habremos conseguido un gran éxito, y estéticamente la Colonia ganará mucho en apariencia.

En todas partes, el papel del Arquitecto es el mismo; pero en aquel ambiente es más difícil que en la metrópoli, al no ser posible contar con elementos de información respecto de los materiales y sus precios, ni con mano de obra especializada, ni con constructores que ofrezcan garantía para llevar a feliz tér-



Guinea Continental.—Pista hacia Mikomessens y trancas de Ukola.



Punta Fernanda.

mino. obras de cierta envergadura en plazos previstos, al no poder adquirir los materiales en el momento preciso.

En la mayoría de las Colonias, para hacer una obra completa habrá de permanecerse en aquel duro clima una larga temporada, para que no se pierda la continuidad de la labor emprendida, y aún esto mismo no depende del Arquitecto. Tampoco se pueden elegir los ayudantes técnicos necesarios, y en ocasiones, bien sea por licencias o enfermedades, no se puede contar con ellos, teniendo entonces que atender personalmente a todos los trabajos, empleando más tiempo del que normalmente se necesita en la metrópoli.

Si vencidas estas dificultades se puede actuar, se realizará una labor lenta y muy costosa, pero se llegará a crear formas arquitectónicas adaptadas al país, al satisfacer las necesidades locales en cada región.

La época heroica de la conquista ha pasado, cuando las necesidades imperiosas se satisfacían de la mejor forma posible y no existían especialistas en la expedición.

Más tarde, el Servicio de Obras Públicas abre los caminos:

construye un lugar de atraque, almacenes y los primeros edificios administrativos.

Organizado el Servicio de Construcciones Urbanas, se inicia una etapa, que había de dar sus frutos desde el año 1943; pero la labor no ha podido completarse por una serie de circunstancias adversas.

Sería conveniente establecer un plan conjunto, con un orden de prelación para las edificaciones oficiales que deben construirse, evitando así que se lleven a cabo según las necesidades del momento.

Estimamos muy conveniente la tutela de la Dirección General de Arquitectura para el estudio de los planes de ordenación de ciudades y poblados, así como el de construcciones oficiales; la creación de un control para las obras particulares, dependiente, por su proximidad, de la Delegación en Canarias del Colegio Oficial de Andalucía Occidental, y la continuidad en la Colonia de Arquitectos.

Sólo así podrá lograrse que nuestra última Colonia no desentone, en cuanto a arquitectura se refiere, de la labor magnífica que se está realizando en la metrópoli.

